2 º Domingo del Tiempo de Navidad (3/1/2010)

AÑO LITÚRGICO 2009 - 2010 - (CICLO C)
"Nos ha regalado el ser hijos en el Hijo"

Eclo 24, 1-2, 8-12

1 La sabiduría hace su propio elogio, en medio de su pueblo, se gloría. 2 En
la asamblea del Altísimo abre su boca, delante de su poder se gloría. 8
Entonces me dio orden el creador del universo, el que me creó dio reposo a
mi tienda, y me dijo: "Pon tu tienda en Jacob, entra en la heredad de
Israel." 9 Antes de los siglos, desde el principio, me creó, y por los siglos
subsistiré. 10 En la Tienda Santa, en su presencia, he ejercido el ministerio,
así en Sión me he afirmado, 11 en la ciudad amada me ha hecho él reposar,
y en Jerusalén se halla mi poder. 12 He arraigado en un pueblo glorioso, en
la porción del Señor, en su heredad.

Ef 1, 3–6, 15–18

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha
bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en
Cristo; 4 por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo,
para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; 5 eligiéndonos
de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el
beneplácito de su voluntad, 6 para alabanza de la gloria de su gracia con la
que nos agració en el Amado. 15 Por eso, también yo, al tener noticia de
vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestra caridad para con todos los santos,
16 no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mis oraciones, 17
para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os
conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente;
18 iluminando los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la
esperanza a que habéis sido llamados por él; cuál la riqueza de la gloria
otorgada por él en herencia a los santos,

Jn 1, 1–18

1 En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra
era Dios. 2 Ella estaba en el principio con Dios. 3 Todo se hizo por ella y sin
ella no se hizo nada de cuanto existe. 4 En ella estaba la vida y la vida era
la luz de los hombres, 5 y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la
vencieron. 6 Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. 7 Este
vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos
creyeran por él. 8 No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz.
9 La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene [a]
este mundo. 10 En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el
mundo no la conoció. 11 Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. 12 Pero
a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los
que creen en su nombre; 13 la cual no nació de sangre, ni de deseo de
hombre, sino que nació de Dios. 14 Y la Palabra se hizo carne, y puso su
Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe

del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad. [15] Juan da
testimonio de él y clama: «Este era del que yo dije: El que viene detrás de
mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo.» [16] Pues de su
plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia. [17] Porque la Ley fue
dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por
Jesucristo. [18] A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el
seno del Padre, él lo ha contado.

INTRODUCCIÓN

Por el himno de acción de gracias y de alabanza que es el prólogo del evangelio de Juan, sabemos que Jesús de Nazaret fue anunciado en la Iglesia primitiva desde un primer momento como la Palabra de Dios encarnada para la salvación de los hombres. ¿Cómo llegaron a esta conclusión aquellos cristianos? Las palabras y la actuación de Jesús mostraban una singular unidad con el Padre en su amor por los seres humanos. Esto impactó a los cristianos. Y «nosotros» –dice taxativamente la comunidad de Juan– lo hemos «visto», a pesar de que no fueron directamente testigos presenciales de la vida de Jesús. Así pues, experimentaron que la encarnación de la Palabra en un hombre es redentora y salvadora, que la humanidad misma de Jesús es ya ahora gracia abundante de Dios entre nosotros. Ése es obviamente el entusiasmo fundamental que movía a la comunidad joánica a hacer su confesión de fe en el himno del Prólogo.

La historia de Dios comunicando su vida salvadora a los seres humanos no ha terminado. Empezó con la creación del mundo. Llegó a su plenitud con Jesús de Nazaret; y, una vez muerto y glorificado éste, es el Espíritu santo el encargado de transmitir a los creyentes esa Palabra. Pero la encarnación en un hombre concreto, Jesús de Nazaret, nos ha enseñado el estilo de ser y de hablar de Dios: la Palabra habla a los hombres a través de los hombres y al modo de los hombres. Desde que apareció Jesús, «lo humano» es el medio de la revelación y de la actuación salvadora de Dios, el lugar donde se encarna la Palabra de Dios. Por eso, hoy somos los «humanos» creyentes los llamados a transmitir la Palabra de Dios. Y lo mismo que esa Palabra es vida y salvación, nosotros tenemos la misión de salvar a los humanos y dar vida allí donde hay sufrimiento y carencias humanas.

PAUTAS PARA LA HOMILÍA

Dios no es un ser solitario, sino que se comunica y salva

A menudo tenemos una idea equivocada de nuestro Dios al considerarlo un ser solitario y encerrado en sí mismo. Pero nada más lejos de la realidad; su esencia es comunicarse. Eso es la Palabra: Dios comunicándose a los seres humanos para transmitirnos la vida que Él posee. Y esa vida es salvación para los hombres. Dios tiene, pues, la iniciativa salvadora: busca a los hombres antes de que los hombres lo buscaran a Él.

Y la Palabra se hizo un hombre. Dios se ha manifestado en Jesús como un Dios de los hombres y para los hombres

Desde siempre, Dios habló a los humanos a través de la creación. En ella experimentaron los hombres la acción salvadora de ese Dios. Pero hace dos mil años se produjo un acontecimiento sin igual en la historia de la comunicación divina: la Palabra de Dios se encarnó en un hombre: Jesús de Nazaret. Los primeros cristianos cantaron el himno que es el prólogo del evangelio de san Juan después de haber tenido con Jesús el Cristo una experiencia que cambió sus vidas, porque vieron en él, un simple hombre, de origen humilde, de padres conocidos, la encarnación y manifestación humana de la

Palabra de Dios (de la gloria de Dios). El prólogo declara que los creyentes «vieron su gloria» en cada momento del hacerse hombre Jesús.

La encarnación de la Palabra marca un cambio radical en el modo de la comunicación de Dios. Ahora la manifestación divina tiene un rostro humano: Jesús de Nazaret. Jesús es el que permite superar la imposibilidad de ver a Dios. Y a través de la Palabra encarnada sabemos que ese Dios es un Padre, como se nos dice en el último versículo del prólogo y en la carta a los Efesios que hemos leído hoy.

Pues bien, el modo de ser y de hacerse hombre Jesús de Nazaret se convierte para los cristianos en el modelo de vida como hijos de Dios. Si la Palabra hecha carne en un hombre es la manifestación definitiva de la bondad salvadora de Dios hacia los humanos, esa Palabra también es el modelo de respuesta fiel y agradecida del hombre a Dios. En Jesús no se ve defraudada la arriesgada confianza que Dios ha depositado en los humanos. Pues bien, este modo de hacerse hombre Jesús no fue nada "espiritualista", sino muy pegado a la tierra y a la sociedad de su tiempo. De hecho lo mataron porque tal modo de hacerse hombre resultaba sumamente incómodo para los poderosos de aquel tiempo.

En Jesús la Palabra viene también como vida para los hombres; pero ¿de qué vida se trata?

Nuestra cultura ensalza sobremanera el vivir la vida. Pero la vida que se anhela y que se vive hoy se reduce a la que proporciona el abundante consumo. No se considera "vivir la vida" atender a los enfermos, compartir con los necesitados, acompañar a los ancianos o alabar a Dios. Sin embargo, esas acciones sí formaron parte preferente del modo de vivir de la Palabra hecha un hombre, Jesús de Nazaret, quien no dudó en afirmar: «Yo soy la Vida» (14,6).

¿Cómo y dónde «pronunciar» hoy esta Palabra de Dios?

Como hizo Jesús de Nazaret en su tiempo, hoy nos dirige Dios su Palabra por medio de los seres humanos, sobre todo de los más desfavorecidos de la sociedad. En ellos se encuentra Dios hablando, preguntado, interpelando y pidiendo a gritos su liberación. Las tinieblas que produce el hombre de la sociedad de consumo son distintas a las que generaron el imperio romano y las clases adineradas en Judea y Galilea en tiempos de Jesús, pero no por eso son menos crueles. El hambre, las enfermedades, el analfabetismo y la pobreza en una gran parte de nuestro planeta y las estructuras que lo producen no pueden dejarnos indiferentes a los que nos llamamos cristianos, si es que deseamos acoger la Palabra, la luz, el ser hijos de Dios y, por tanto, disipar las tinieblas del dolor y del sufrimiento de nuestros hermanos los hombres.

Un aliento de esperanza: la luz triunfará sobre las tinieblas

Si la encarnación de la Palabra en Jesús de Nazaret muestra el compromiso adquirido por Dios para llevar a cabo la plena salvación de los seres humanos, la victoria de «Jesús–luz» no acarreó la eliminación inmediata de la muerte y de las otras tinieblas. Vemos que todavía las sombras del dolor se ciernen sobre muchas personas de

nuestro mundo. El conflicto entre la luz y las tinieblas que produce esta sociedad de consumo se mantiene en pie, pero, según el prólogo de Juan, el triunfo de la luz es seguro. Ésta es nuestra esperanza, pero también nuestra misión. Porque Dios nos revela con su Palabra lo que es Él, allí donde los seres humanos son liberados de sus sufrimientos y desgracias.